

IDEAS Y FIGURAS

FEDERICO VAGA Y VEGA
ADMINISTRADOR

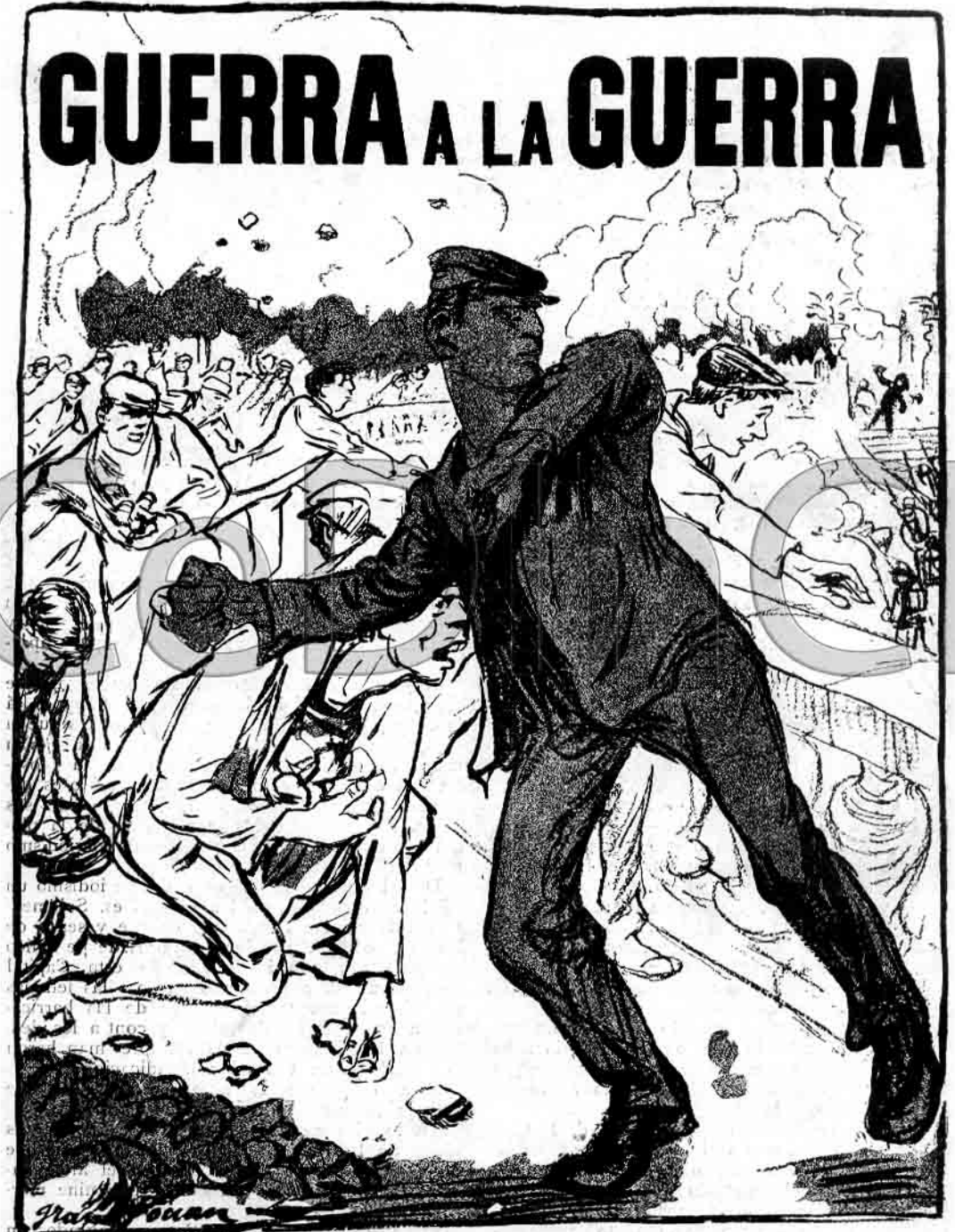
REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año I

BUENOS AIRES, 8 DE AGOSTO DE 1909

Número 10



Julio R. Barcos.
el de un de la Igual
de las palabras
causa de la Revolu-

La negación

Barcelona

EL INCENDIO

Es un gran caudal de sombras: el dolor flota en los vientos.
Ya la sangre de los héroes ha empapado las tinieblas
Y los vapores rojizos que en la altura se iluminan
Proyectan luz de venganza sobre las almas abiertas.

Todo lo grande, lo fuerte, lo gigante, lo atrevido
Que dentro del ser llevamos, eso que es la fuerza — idea,
Se alza vibrante y se agita, se sacude y convulsiona
Cual enorme lucha de olas en una mar sin riberas.

La semilla del incendio ha encontrado el surco pronto;
Ya en la fabril Barcelona se hace flamear la bandera
Roja de las destrucciones, la bandera redentora.
¡Y el dolor, el gran fecundo, sigue preñando á la Tierra!

ALBERTO GHIRALDO.

Las barricadas

Solamente los que ininidad de veces nos hemos encendido en las sagradas cóleras del derecho, y hemos opuesto otras tantas nuestro propio pecho al flagelo de los que encarnecen la libertad y la vida, podemos apreciar en su magnitud angustiosa el trágico desgarramiento del proletario español, en el trance heroico de los actuales sucesos desarrollados en Cataluña.

Ignoramos la forma en que los hechos se han producido, pero la imaginación se encarga de reconstruir intuitivamente en sus menores detalles toda la tragedia.

Tenemos á que atenernos.

En España como en Rusia — y valga el alma inquisitorial de la una por el despotismo terrorista de la otra — en Italia como en Francia, en los Estados Unidos de Norte América, como en nuestra flamante República — uno de los países más libres del mundo (¡!) siempre se ha apelado al mismo sistema para calmar los delirios de libertad de la plebe: al plomo de los máseres, y ha hablado, por desgracia, siempre más alto que la voz de la justicia, la voz de la metralla, abriendo formidables grietas en la carne proletaria, apagando así en los labios la protesta á la vez que sembrando la rebelión y el odio en los corazones.

¿Qué extraño, pues, que los trabajadores en una gloriosa exaltación del orgullo, aleccionados por la bárbara represalia de los poderes constituidos, respondan con el incendio al hierro de sus verdugos?

¿Y cómo condenar acontecimientos de la trascendencia histórica y social, cual los realizados por las muchedumbres productoras y revolucionarias del pueblo Catalán? Solamente en la Comuna de París podríamos hallar el símil histórico de este gran movimiento, propulsado por un pensamiento ajeno á todas las revueltas políticas: por el pensamiento libertario, modificador absoluto de las bases económicas de nuestra sociedad que es el que hoy por

hoy, sirve de brújula al proletariado mundial.

Verdad es que en tan excepcionales circunstancias, no caben sino dos criterios antitéticos para juzgar los hechos: uno que condena en nombre del pasado y de los propios intereses, el criterio burgués; el otro que justifica el fenómeno y lo aplaude en nombre de la Igualdad, el criterio científico que se funda en el conocimiento de las leyes del progreso, y en la eficacia del esfuerzo humano para apresurar el porvenir.

Hay una fracción social sin embargo, que sin pertenecer á la burguesía ni tampoco á la clase productora, aunque proletarios los que la componen por su condición económica, llevan sobre la concienciencia la librea de la filosofía conservadora y como buenos servidores defienden á grandes voces los intereses de sus amos. Me refiero á los mercenarios de la pluma que abarrotan las redacciones del periodismo mercantilista de nuestros tiempos.

Decididamente se ha hecho del periodismo un oficio semejante al de las meretrices. Solamente así se explica la actitud cobarde y servil de los que con el título de redactores de periódico se pavonean por las calles de esta Capital después de haber entonado en coro las letanías del dictorio contra la epopeya de las barricadas anarquistas en Barcelona y contra los ideales de la vida que ellos siempre mancharon con el lodo de todas las claudicaciones.

Para comprender los actos heroicos, hay que estar sin duda, á la altura de ellos.

Ya lo dije en alguna otra parte: las vastas ideas de la Revolución no pueden albergarse en almas miserables y sí solo en el alma valerosa de los héroes, ora se les denomine mártires ó vengadores.

Por eso, loados sean los que consagrados en cuerpo y alma á la gran causa de la Revolución, cayeron allí al pié de las barricadas defendiendo como varones el dogma de la Igualdad.

JULIO R. BARCOS.



Hijos del pueblo

A mi modo de ver

Dedicado á los horteras de calzones hediondos; á los mercaderes que claman: «patria!», en vez de escribir al frente de sus tabernas: «A pesar de la guerra, la cosecha de garbanzos será excelente. No temais».

Los nuevos conquistadores son los últimos hidalgos—aunque ello le pese á quien, como yo, sienta bullir en el cuerpo aventurero la sangre heroica: soy de los que muy frecuentemente se permiten adoptar empaque de exaltados caballeros hechos á la riña insensata, al galanteo riesgoso y á la crueldad satánica. Créome, entonces, doncel de calzas rojas, chambergo insolente y flamígera tizona: y aunque el menguado raciocinio me lo impida, y harto dolor sienta por ello, estoy con los míos: con los que van en rebañío doliente, sobre el cañamón de sus alpargatas y bajo la férula del capitán tirano, al baluarte donde las balas de la morería han incrustado su sello de exterminio... y la venganza traza su centelleo en la boca de las espingardas. ¡Impunemente no ha de ser Granada española, ni la mezquita de Córdoba templo de una virgen más farsante que la milagrosa media-luna!

Y el alma se me escapa junto á las almas de los bisoños de bizarra planta: y como en un torbellino dislocado—donde la razón no trazó su línea severa—ármome con bélico apresuramiento, ríome de los que atrás quedaron con temblequeos de estupor y entro en combate—afortunadamente, dentro de la plana periódica de telegramas donde se narran los hechos de la contienda.—Y entonces, sólo entonces, me rindo á la realidad, y á escape me alejo de Melilla la trágica para penetrar en Barcelona la sombría.

Allá, sangre de enemigos que la tradición deja correr, bajo el resguardo de los pabellones en pugna; y en la otra parte, sangre fraterna que mancha los hábitos sacros de los frailes obscenos y las alcobas monjiles donde Nuestro Señor Jesucristo, con su eterna sonrisa de oveja, fuera testigo de cópulas inauditas.—Las ramblas, ayer jubilosas, por donde desfilaba una multitud cantante, semejan hoy vías de crucifixión que llevan á un abismo donde por fuerza han de morir los que protestan en nombre de una idealidad, que—lo confieso—es más santa porque es más noble. Esta oposición que entraña una rebeldía, y que más que voz de protesta es clamor de negativa, es la última saeta que desgarrará ese anhelo nunca saciado, y siempre fatal, de ir á buscar fuera de la tierra propia motivos para explotar el tesoro de las arcas reales más impunemente, dando muerte está-

pida á los que se aprestan al combate gritando: «viva», sin saber—¡los míseros corderillos!—que han dicho: «muerte». ¡Una muerte sin gloria, para la que no hay un blasón! Sólo un colgajo de cohe, con una inscripción sonora, que no librará al que la lleve de comer el garbanzo granítico y la podrida tocina.

Mófome con pesar, porque lo hago de mi mismo: yo, hijo de España, iría á Melilla; y en la partida, y aún en el mismo terreno, no pondría en duda la razón ni el motivo legítimo que á los de Barcelona les impulsa á decir: «Basta de guerra: seamos cuerdos: vivamos tranquilos, que la paz es fecunda progenitora de todo progreso». Esto está muy bien; pero lo que resulta detestable es esa pomposa declamación del hortera grotesco que desde esta tierra antípoda alardea de su virilidad formidable, de sus aditamentos colosales, de lo que él haría en Melilla, de la fortuna que sería capaz de derrochar en fusiles, en municiones, en aguardiente par excitar el valor...

—«Y en trapos para el fondillo»—le respondería yo;—«vende patatas, procura que no se desequilibre el tanto por ciento de tu arcón, y pues que no vas á hacer eso que dices, córtate la virilidad con sus aditamentos y puede que, si te decides, hagas una venta á buen precio por la cantidad de grasa que contienen.—Tu destino está cerca del mostrador, y no en la avanzada á la que nunca acudirías: sé, pues, hortera hasta el fin y no quieras ennoblecer tu condición de provechosa bestia».

Los españoles serán vencidos en Melilla, ó, por lo menos, aniquilados; Barcelona pasará á la posteridad con título de heroica y España seguirá lloriqueando sus angustias internas y sus derrotas en toda América, primero; en Cuba, después; y en Melilla, más tarde... Y Valle-Inclán no imprimirá «Hernán Cortes»; y Prim y O'Donnell se oscurecerán en las páginas de aquel libro de oro que escribiera Alarcón... y los bisoños restantes volverán á sus tareas fecundas y el veterano á su banquillo del cuartel: y sólo el hortera, como un símbolo de la época, habrá triunfado.

¡Cómo me duele la España de hoy! Y que cómica se me aparece la figurilla del rey «sportman», y que lamentable la banda de los generales gotosos....

Hosteras: los nuevos conquistadores son los últimos hidalgos. Horteras: procurad que no se malogre nunca la cosecha del garbanzo....

RUY DE LUGO-VIÑA.



El gran argumento

El verbo nuevo

Mucho tardó, pero al cabo
se hizo carne la palabra,
y en la mente de los hombres
brilló la luz del mañana.
El verbo nuevo tenía
toda la noble pujanza
de las cosas naturales,
la temeridad, la audacia
de lo que surge rompiendo
negras moles de montañas...
En el silencio del mundo,
como en sonar de campanas,
más de una vez sus clamores
despertaron á las almas.
Y allá en las estepas rusas
y de París por las plazas
día á día el verbo nuevo
cantó el himno de esperanza.
¡Negación! santa quimera
hoy en realidad tornada!...
tú has hecho del hombre-bestia,
vil esclavo del que manda,
carne de cañón, resíduo,
basura, polvo, piltrafa,—
lo que piensa, lo que sueña,
cosa noble y soberana.
Tú, Negación, has llenado
de luz y fuego las almas,
para alumbrar el camino,
para quemar lo que mancha.
Tú has dado al triste que sueña
con la redención lejana,
el medio de redimirse
dignificando sus ansias.
Tú has hecho que en el silencio
de esta época de infamia
más fuerte y ruda sonase
la voz del que no se calla.
Y en la cobardía ambiente,
cuando el pavor reina y manda,
y en nombre de los prejuicios
á la Verdad se hace esclava,
tú, Negación, has surjido
como una fuerza indomada
para decir que ha cesado
la tradicional infamia...
¡Negación! madona roja
del ensueño de los parias,
que en las noches de tormento
fuiste como una alborada;

Negación, que en el silencio
has sonado tus campanas
despertando las conciencias
con tus clamores de audacia;
de hoy más sobre el mundo nuevo
que á lo lejos se levanta,
reinarás, bravía y fuerte,
soberana incontestada...
Porque tú, sin más auxilio
que el de la razón sin pauta,
has abierto un claro día
sobre la conciencia humana.

¡Barcelona! gesto airado
de la turba que se cansa
de ser la eterna cariátide
que sustenta las murallas...
Gesto noble del espíritu
que siente las locas ansias
de mostrarse fuerte y libre
en la igualdad de las almas...
¡Barcelona!... Tú has trazado
los senderos del mañana
negando brazos y cuerpos
para la lucha que infama,
y has dignificado altiva
la fuerza de tu canalla,
levantando el pendón rojo
en tus nobles barricadas.
Barcelona; nuevamente
nuestra humanidad esclava
de sus propias cobardías,
te debe sus alabanzas.
Y será maldito el hombre
si tu ejemplo no propaga,
si en sus noches de miseria,
cuando el dolor de la carga
hace pensar en la fuerza,
libertadora sagrada,
no invoca tu nombre y sueña
en repetir tus hazañas,
cada vez que haya un delito
tramado por el que manda
como obstáculo insalvable
entorpeciendo su marcha!...
¡Barcelona! Por los siglos
será tu ejemplo una etapa
diciendo el triunfo del hombre
en la Negación que salva!...

ALFONSO MONTIEL.

La pena del Talion

Y dando cima á la labor inmensa
de santa redención, y arrebatando
en pos de sí las redimidas turbas,
la Venganza subió sobre el hermoso
carro triunfal llenándolo de obreros,
y con acento soberano, dijo:

—«Ya los domé! Uncidos al potente
carro del triunfo ván; llevan la carga
de los que fueron sus esclavos viles...
¡De su propio delito el peso sufren!...
Sobre su innoble afeminada carne,
no endurecida por trabajo alguno,

mi látigo se agarra, y al deleite
que me produce su dolor, mis fuerzas
se centuplican y descargo el odio
que las opresas razas devoraron,
hundidas en el cieno de los siglos,
por los crímenes de ellos arrojadas.

¡Tirad cuál viles bestias, miserables!...
Sufrid de la venganza contenida
el loco ensañamiento... Sólo es vuestra
la culpa que engendró tantos horrores!...»

VICENTE MEDINA.



La gloria de un reinado



La barricada

Guerra á la guerra

Mientras en nombre de prepotencias é intereses comerciales españoles y marroquíes se están matando del otro lado de la tierra, bolivianos y argentinos, peruanos y chilenos, como si dijéramos blancos y colorados en éste, hablan de choques sangrientos, sueñan en combates y revanchas azuzados por las banderías políticas.

Ahora por lo que á nosotros atañe, vamos á cuentas:

—¿Qué haría Vd., en el caso de una guerra? Así, á boca de jarro, de sopetón, como quien dice, y creyendo pronunciar una demanda aplastante, exclama el primer... ingenuo, por no decir otra cosa, con quien, frente á frente, se encuentra á cada instante, en toda reunión, de hombres, el bravo campeón antimilitarista.

En verdad que ganas dan de decir:

—Pues hombre! una cosa muy sencilla: emigrar del país, con viento fresco y alma tranquila. ¡Qué diantre! Que se maten los imbéciles, los comparsas trágicos, todo el rebaño inconsciente, carne negra de cañón, alimento de buitres, llevados como inermes víctimas al sacrificio en nombre de una mentira que eternizándose está, como una verdad sublime: la mentira patria.

—¿Y si vienen los enemigos á robaros el pan y el suelo, á mataros la madre y á violaros la mujer? ¿Entonces?... ¡Diablos! ¡Valiente pregunta! Hazlo tú y verás. Es el caso.

Vaya unos... tíos! Si precisamente los de aquí y los de allá luchamos hoy para eso;—digo, para lo otro—para que no haya enemigos que vengan á robarnos el pan, ni los que aquí nacimos pensemos, por un momento siquiera, en ir á matar por comisión de nadie. Y digo matar, solamente, porque los argentinos no roban; acordáos de la frase célebre: «la victoria no da derechos». Matan por gusto. ¡Ah, tigres!

Hombres de conciencia somos y antes de permitir que se nos maneje como á instrumentos, antes de someternos como seres serviles, nosotros, los antimilitaristas de hoy, los impugnadores de guerras salvajes, aquéllos que tenemos el valor de rebelarnos contra imposiciones humillantes, lanzamos, altivamente, contra déspotas y sicarios, la más formidable de nuestras aseveraciones, diciéndoles: no matamos á nuestros semejantes por comisión ni por gusto y mucho menos por cobardía—suele acontecer—pero entencélo por siempre: resueltos estamos á no dejarnos sacrificar. Y entre martillo y yunque, seremos martillo; contra vosotros, se entienda! Y así, peleando contra los pelecadores, haremos guerra á la guerra.

De este porte, altos y serenos, asumiendo una actitud que responde enteramente á la integridad de una convicción hecha á fuerza de conocimiento de vida, de estudio de los demás y profundización de nuestros espíritus, vamos marchando venciendo toda clase de inconvenientes, derribando obstáculos que parecían inalterables y abriendo el surco donde la buena semilla, la semilla de la solidaridad humana—ha, por fin!—debe arraigar dando brotes ópimos.

Tenemos fe en la causa, porque es la nuestra la causa de los que alientan hacia la vida, de los que combaten por alcanzar el mayor desenvolvimiento del ser humano considerado física y mentalmente.

¿Cómo no hemos entonces de protestar, con toda la fuerza que nos dan nuestras ideas, contra todo lo que signifique una valla, una cortapisa,

un grillete para lo que es esencial, lo que constituye nuestra más grande y bella aspiración, nuestro gigante deseo: la igualdad del hombre dentro de la libertad?

¿Cómo hemos de tolerar impasibles la castración cerebral que de nuestros semejantes se hace hoy en los ejércitos, llevando al ánimo de la víctima el convencimiento de que es en nombre del deber, en nombre de sagrados intereses sociales en peligro, que debe realizar la anulación de su personalidad, entregándose, atado y con armas, á la vejación de la disciplina, á guisa de resorte de autómeta forjado á golpes de culata, resorte de autómeta que, para siempre jamás, la voluntad domeñada, obedecerá ciego y mudo, según se lo indique un toque de tambor ó el tinte de una banderola izada al tope de un barco?

¿Podéis por ventura imaginar nada que degrade al ser humano tanto como la disciplina en los ejércitos?

Fijáos bien. Tomáis un hombre y le decís: de hoy más, en adelante, vos no seréis vos. No podréis pensar sino lo que se os ordene. Cuando se os mande matar, matarás; cuando se os ordene comer, comerás; cuando se os mande correr, como un caballo, diez leguas, lo haréis, sin vacilamientos, aunque como éste reventéis, en breve.

Y para ejecutar tamaña enormidad se convoca á todos los jóvenes de veinte años—la flor de vida de los pueblos—se les habla de ideales falsos, se les hace flamear un trapo multicolor ante los ojos deslumbrados y se les arrastra á conscripciones que en el futuro deberán denominarse calvarios de adolescentes.

Aquí algo oportuno, algo local, que viene como apropiado:

No hace mucho un diario, que se publica entre nosotros se dignaba hacer la crónica de los malos tratamientos sufridos por los conscriptos, dándonos al respecto los siguientes datos:

«La última conscripción militar cuesta al país la vida de más de 120 jóvenes de 20 años, y quizás se cuentan por millares los flagelados y deprimidos en los campamentos.

En el campamento de Bella Vista, en Salta, fallecieron 47 conscriptos; en el 12 de infantería, acantonado en el Rosario, las bajas por fallecimiento se hacen subir á 14 ó 15; en los demás se llena el remanente hasta las 120 bajas que se mencionan.

Es incuestionable que ni los enfermos ni las defunciones pueden evitarse en los campamentos militares, pero es indudable también que sumbirían menos si se les atendiese con mayor cuidado cuando caen enfermos y si se les deprimiese menos.

En los primeros tiempos, en el 12 de línea citado, hemos visto á los enfermos de tifus y otras enfermedades, tirados en el suelo vestidos, sobre una manta, descansando la cabeza sobre la chaquetilla ó saco, que les servía de almohada, á veces aumentada con un pequeño borde de tierra y casi sin asistencia médica.

En esos mismo tiempos, varios colegas locales y nosotros también denunciábamos hechos monstruosos que se cometían por oficiales y clases con los conscriptos, apaleándolos algunas veces y en otras ocasiones llegando hasta ponerles los puños en la cara.

Si bien es cierto que el jefe del mencionado cuerpo trató de que tales hechos no se repitiesen, he aquí las declaraciones que los conscriptos licenciados de ese cuerpo, transmitieron á Buenos Aires, por telégrafo:

«Corrientes».—Es unánime la queja de los conscriptos que han estado en el 12 de infantería, contra los procedimientos inicuamente empleados por sus superiores. Los martirios más atroces han sido impuestos por faltas leves. Les faltan palabras para ponderar el pésimo tratamiento de que eran objeto. Esto ha producido aquí viva indignación.

Algunos han muerto á consecuencia de estos tratamientos, y veinticinco quedan enfermos aún á consecuencia de las palizas recibidas.

Ponderan, sobre todo, el refinamiento de crueldad de algunos oficiales. Los conscriptos llegados, estuvieron á punto de sublevarse. (¡Deberían haberlo hecho! agregó yo.

Concluye el articulista citando el caso de un joven, el cual se vió obligado á marchar á maniobras á pesar de haber manifestado al jefe que se encontraba enfermo. Resultado final: fué recogido del campo el día de las maniobras y llevado al hospital militar de ésta, donde sucumbió. Y pregunta: «¿Es así cómo debe tratarse á los conscriptos, sacándolos de la enfermería para que presten servicio, ó estropeándolos, ó humillándolos si no tienen el don de una comprensión fácil y rápida?»

He admirado siempre á los hombres sinceros que creen pueda existir un ejército donde la dignidad del ciudadano no esté menoscabada, que se figuren pueda germinar en una escuela del crimen—como llama Tolstoy á los ejércitos—alguna idea noble y levantada, sin fijarse que, lógicamente, un medio brutal, ocupaciones brutales, no pueden sino embrutecer á quienes están obligados á vivir en ese medio, á efectuar esas ocupaciones. El ejército argentino no tiene, desgraciadamente, el monopolio de las exacciones, de las infamias, pues si consultamos á los periódicos europeos, sobre todo los franceses—porque es en Francia donde resaltan más debido á la mayor intensidad de lucha entre las ideas—encontraremos infinidad de casos como los que cita el mencionado artículo, corolario ineludible de todos los ejércitos.

¡Ah, soldados, soldados!—dice un autor moderno—vosotros que humedecisteis vuestros labios con la leche de las humanas ternuras; vosotros, hechos para dar y pedir el amor sano y viril bajo los florecidos rosales, ¿hasta cuándo toleraréis servir de bestias de silla en las caballerizas de los impostores?

¿No os sube á la cara la vergüenza de andar como enmascarados borrachos en ese infame carnaval? ¿Doblaréis por siempre la frente ante ese andrাজo embarrado y sangriento que llaman Bandera? ¿No consagraréis nunca á las santas revueltas de la piedad esa vida que, sin remedio, se va á podrir con la ignominia del cuartel, la feroz embriaguez del patriotismo? ¿Llegará al fin el día en que rehuséis la obediencia vil y el odioso uniforme para ir por esos mundos resplandecientes de santa libertad, esparciendo semilla fraternal de una sociedad más justa, de donde brote bendecida cosecha de justicia, de paz, de amor y de felicidad?

Que no puede brotar en una institución militar cualquiera un sentimiento humanitario, lo ha probado muy bien el célebre proceso Dreyfus, donde pudo verse el grado de depresión mental á que habían llegado jefes y oficiales del país

llamado la vanguardia de la civilización, y si se ha visto algún ejemplo de dignidad, como el de Picquart, ello no fué debido al medio en que actuó, sino á su predisposición hereditaria ó á su educación primera, que le permitió substraerse á la influencia de ese medio, á neutralizar sus efectos.

Lo ha probado Mr. Charles E. Woodruff, médico militar, quien ha publicado un descubrimiento suyo en el periódico «Army and Navy Register» por el cual hace constar que las escuelas militares en general y la de «West-Point», en particular, no producen sino la aminoración física, y la aniquilación mental de sus alumnos. Por experiencia personal, afirma que un joven salido de la escuela mencionada sabe mucho menos en todas las materias que á su ingreso, aunque haya ingresado con las peores clasificaciones y salido con las mejores. Hay además en ese joven un principio de atrofia de las facultades de comprensión, de memoria y de elocución. Por otra parte, aunque hubiese sido campeón de todos los sports en la Universidad, ha perdido casi toda su resistencia, su agilidad, vigor y destreza.

¡Oh, aberración! A pesar de estos hechos bochornosos, continúan los hombres de la raza blanca llamándose civilizados y al pronunciar tal palabra se les llena la boca. Triste es ¡oh, muy triste! tener que convencerse de lo contrario. ¿Queréis verlo, acabadamente demostrado? Escuchad á Letourneau en los siguientes párrafos del capítulo que en su Sociología dedica á las «Costumbres guerreras»:

«El hombre primitivo, de cualquier raza que sea, es un animal salvaje. Bajo este concepto, el hombre blanco no es de una esencia superior. Ha sido y es susceptible de llegar á ser más feroz aún que un indio guaraní. Hemos visto á que grado de humanidad habían llegado los antiguos hindús; pero, en general, nada es más sangriento que la historia de todas las naciones arianas.

Nada más atroz que los hábitos guerreros de los hebreos, ó, más generalmente, de los semitas. Después de la victoria, el pueblo de Dios, degollaba, masacraba naciones enteras, tomando como divertimento el acto de aplastar las cabezas de los niños. Nino, vencedor de los medas, hizo crucificar á su rey, su mujer y sus siete niños.

En esa época, la esclavitud era el tratamiento más suave que un vencido pudiese esperar.

Los romanos no fueron más humanos y en sus historias los ejemplos de ferocidad implacable abundan. Citaremos solamente la masacre de los judíos por el virtuoso Tito (1.100.000 personas, según Josefo) y las hecatombes gálicas cumplidas por el inmortal Julio César. Bajo este concepto, los anales de la Europa moderna son horriblos. Aún pasando bajo el silencio los peores siglos de la Edad Media primitiva, bastará citar la guerra de Cien Años en Francia, la guerra de Treinta Años y el saqueo de Magdeburgo en Alemania, los horrores cometidos por los españoles durante la guerra de la independencia de los Países Bajos, — todos esos espantosos saqueos de ciudades, durante los cuales la matanza, el robo, la violación, llegaban á ser actos lícitos ó loables.

Actualmente todavía, los europeos más civilizados, consideran como un juego, el exterminar las razas inferiores. En Tasmania, los ingleses han destruído las razas indígenas, fríamente, con el mayor ahínco, con la Biblia

en la mano é indudablemente considerándose autorizados por los salvajes ejemplos que en el libro sagrado hormiguean. El gobierno americano á puesto precio, más de una vez, á la vida de los pieles-rojas. El 2 de Octubre de 1749, el gobernador de Halifax, Cornwallis, ofrecía diez guineas por cada indio micmac muerto, inutilizado ó prisionero. El 10 de Agosto de 1763, el gobernador Amhurst ordenó la exterminación de los indígenas.

Encontramos atroces los hábitos de ciertos grupos atrasados de la raza blanca, por ejemplo, los de los «Khiviens», que recientemente aún, pagaban, á cada uno de sus soldados un tanto por cada cabeza de enemigo que hubiesen cortado, sin perjuicio, naturalmente, de las insignias honoríficas, precio de la valentía. Pero, no hace muchos años, un general francés después de haber masacrado á un puñado de patriotas italianos, telegrafiaba á París «que los chas-sepots habían hecho maravillas», y, en 1870, los ejércitos de la «maración de los pensadores» bombardeaban las ciudades francesas, fusilaban á los franco-tiradores, etc., etc. No queremos hablar de las guerras civiles.

En resumen, los europeos actuales, tan orgullosos de lo que llaman su civilización, no han alcanzado aún sino á la barbarie mitigada y disfrazada, y tienen que hacer mucho todavía antes de haber cumplido en moral, en bondad, en humanidad, en justicia, la cuarta parte de los progresos que han realizado en mecánica en el espacio de medio siglo.

Ya el gran Darwin, años antes, y con motivo de una refutación á su «Descendencia del hombre» había escrito indignado:

«Por mi parte preferiría descender de aquel heróico y pequeño mono que afrontaba á su temido enemigo con el fin de salvar una vida, ó de aquel viejo cinocéfalo que, descendiendo de las montañas, se llevó en triunfo á sus pequeños camaradas librándoles de una manada de atónitos perros que de un salvaje civilizado que se complace en torturar á sus enemigos, ofrece sangrientos sacrificios, practica el infanticidio sin remordimiento, trata á sus mujeres como esclavas, desconoce la decencia y es juguete de las más groseras supersticiones.»

Y Flamarion esto que, al decir vulgar, viene como de molde:

«Los habitantes de la tierra están aún en un estado tal de ineptitud, inteligencia y estupidéz, que se ve en los países más civilizados cómo los periódicos relatan, como si fuese la cosa más natural del mundo, los arreglos diplomáticos que los jefes de Estado hacen entre ellos, las alianzas contra un supuesto enemigo, los preparativos de guerra; y los pueblos permiten á sus jefes que dispongan de ellos como de un rebaño, que los conduzcan al matadero militar, que los conduzcan á la nada, en colosal hecatombe, sin fijarse siquiera que la vida de cada individuo es una propiedad personal; que es una acción criminal por parte de un hombre cualquiera asesinar á ciel mil seres humanos... Los habitantes de este singular planeta han sido educados en la idea de que hay naciones, fronteras, banderas, y tienen un sentimiento de la humanidad tan débil, que este sentimiento se borra por completo en cada pueblo ante el de la patria... Verdad es que si los espíritus que piensan quisieran entenderse, esta situación cambiaría, por que, individualmente, ninguno quiere la guerra... Hay además

unos engranajes políticos que hacen vivir á toda una legión de parásitos.»

Escuchad aún á Malato en la siguiente sugestiva escena: «Un campo de batalla en el Transvaal.—Cadáveres de ingleses, boers y cafres.—Un caballo humsea filosóficamente el suelo ensangrentado:

El caballo.—¡Qué bestias son los hombres!... He aquí una gentes que hace dos horas estaban alegres y eran vigorosos y fuertes: después ¡cataplun! se encuentran, y sin conocerse, sin haberse visto nunca, se exterminan. Nosotros los que pertenecemos al pueblo cuadrúpedo, somos, indudablemente, más inteligentes. Como dice el viejo Fenelón: «Los leones no hacen la guerra á los leones, ni los tigres á los tigres: ellos no atacan más que á los animales de especie diferente. El hombre, á pesar de su razón, es el único que extermina á su semejante, hecho que debe llenar de orgullo á los animales.» ¡La razón del hombre!... ¡Qué farsal!

Un teniente de highlanders (con el pecho atravesado de un balazo)—Me parece oír á mi caballo que habla. Si yo no estuviera muerto me alegraría de saber lo que dice ese animal.

Un boer (con el rostro abierto de un sablazo)—Lo que dice es que somos unos bárbaros.

El teniente (ceremonioso)—Perdón; ¿á quién tengo el honor de hablar?

El boer—A Andrés Kisslabonn, ciudadano del Estado Libre de Orange.

El teniente—Tanto gus.o. (Presentándose)—James O'Kelbinnet, teniente en los Gordon highlanders... Desolado, mi querido colega, por no poder estrecharos la mano tal como lo exigen las conveniencias de una buena presentación; pero mi estado de muerte se opone á cumplir con la buena crianza.

El boer—Es lo mismo; no os guardo por eso rencor.

El teniente—¿Decidís que la opinión de mi caballo sobre nosotros revela una desdenosa severidad?

El caballo—Ya lo creo.

El boer—Escuchadle.

El teniente—Reconozco, á pesar de cuanto diga Rudyard Kipling, el cantor de las glorias inglesas, que es estúpido matarnos sin ningún motivo como lo hemos hecho. Yo no deseaba más que vivir para lucir el mayor tiempo posible mi hermoso uniforme y casarme con mi prima Berta, que tiene treinta mil libras de renta.

El boer—Y yo, creed, que tampoco sentía ganas de morir, teniendo una mujer, seis niños y, además de este rebaño familiar, una veintena de bestias en mi granja.

Un cafre (con el vientre abierto)—Entonces, ¿por qué vos, pacífico campesino, habéis hecho con mis antecesores lo que los ingleses hacen con vosotros ahora?

El boer (pensativo)—¿Quién sabe! Tal vez nos hemos equivocado al querer civilizar esta raza con tanta severidad...

El caballo (sentenciosamente)—Es el salvaje quien tiene razón...

Un artista hábil en el arte de la guerra, — cuenta Guy de Maupassant, — el general Moltke, respondió un día á los delegados de la paz las extrañas palabras que siguen:

La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo; ella conserva en el hogar doméstico todos los grandes

los nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y les impide, en una palabra, caer en el más horrible materialismo.

Así, reunirse en rebaños de 400.000 hombres, agrega Maupassant, caminar día y noche sin reposo, no pensar en nada, no estudiar nada, no aprender nada, no leer nada, no ser útil á nadie, dormir en el fango, y vivir como los brutos en un embrutecimiento continuo, saquear las ciudades, incendiar las aldeas, arruinar los pueblos, y tras de eso volver á encontrar otra aglomeración de carne humana, arrojarse unos sobre otros, hacer lagos de sangre y montones de cadáveres, tener los brazos y las piernas rotos y los sesos aplastados, sin provecho para nadie, quedar ventados en el campo, mientras que vuestros padres, vuestras esposas y vuestros hijos se mueren de hambre ¡he ahí lo que se llama no caer en el más horrible materialismo!

Y bien: ya que los gobiernos se atribuyen el derecho de muerte sobre los pueblos, no tendrán nada de extraño que los pueblos usen, á su vez, el derecho de muerte sobre los gobiernos!

Hemos cerrado el ciclo de épocas muy nefastas, es cierto. Épocas terribles de ignorancia y barbaric en que habían Césares y circos; pobres pueblos—pasto de amos y de leones,— esclavos de sus vicios y miserias, echados á la giteba ó á la muerte; señores del feudo, dominadores de horca y cuchillo que á las multitudes sometidas manjaban á su antojo imponiéndoles la coyunda ignominiosa del siervo; negros, que vendían carne humana so pretexto de diferencia en el color de la piel; blancos inquisidores, que en nombre de un dios mentido sembraron de espanto el mundo masacrando cuerpos y torturando conciencias; sombríos conquistadores, que en nombre del mismo dios, es decir, la misma superchería, fundieron en una sola hoguera el dolor de cien razas; que con la espada en una mano y la cruz en la otra, dos símbolos de muerte, asolaron continentes donde encontraron mucha luz dorada,—fúlgida fin, en que el abuso, la opresión, la tiranía del hombre por el hombre llegó á asumir tal importancia que las colectividades parecieron dividirse naturalmente, en grupos de privilegiados y malditos.

Verdad es que, siempre, salvando la dignidad humana, espíritus bravíos han lanzado á los vicinos del mundo la voz sonora de sus rebeliones; verdad es que, siempre, conciencias altivas, emergiendo de las mayorías esclavas, han realizado la tarea de ir sembrando la semilla tardamente fecunda pero segura de la emancipación. Y este es un positivo consuelo y una eternamente bella esperanza para los que hoy, ideas al hombro, se lanzan, gentilmente, en la soberbia lucha del ideal humano.

La vida es movimiento, la vida es batalla, la vida es acción. Hoy por hoy estamos en la tarea de derribar escambros, escambros amontonados por nuestros abuelos; libramos nuestro combate abriendo los nuevos caminos que han de llevarnos á un mundo de libertad, de aire más puro, de horizontes más amplios, de luz más clara; hay quienes, combatiendo, han entregado sus vidas, en holocausto de una idea regeneradora; y esos—los espíritus bravíos del presente, las altivas conciencias de hoy, expirando en las

horcas modernas levantadas por el egoísmo gubernamental y capitalista, tal como antes en las cruces y en las hogueras clavadas y encendidas por el fanatismo religioso,—son los que salvan la dignidad de nuestras generaciones.

Porque, digámoslo de una vez, nuestra época es época de explotación y opresión. El tirano formidable del día es el capital. A su lado, vigilante, va el monstruo armado. Contra ellos hemos, pues, empeñado nuestro buen combate.

Somos los gallardos adalides de la contienda libertadora; tenemos fe en nosotros porque combatir es vencer. La vida es lucha, y el que no lucha no vive. Por eso el que lucha triunfa. ¡Ay de los que se entregan! ¡Esos han muerto ya!

Esta época, por lo tanto, es nefasta también, yo no lo niego; pero en realidad ¡cuán diferente! Veámos. Hay todavía Césares, y esto es un colmo; tal en la Rusia bárbara, con Siberias congeladas en vez de circos sangrientos como en la Róma de Nerón; pobres pueblos, sucumbiendo en la mina y en el taller malsanos, no ya bajo la amenaza del látigo feudal, pero sí bajo la ferocidad impasible del hambre y la intemperie,—porque la civilización que alcanzamos, la de los aderechos del hombre le ha dado á éste el muy sagrado de morir de hambre (éstepe en algunos países, la cultísima Francia por ejemplo, donde existen severas penas establecidas por la ley de vagos ó sea más propiamente ley de hambrientos); mercaderes de carne humana,—y en esto francamente hemos retrogradado mucho,— que no expendan ya carne negra de trabajo sino carne fresca y blanca de prostituto; negros sacerdotes que han renegado de Cristo, pero que, de acuerdo con la época, explotan su nombre para negociar la fe en el más siniestro de los «trusts» modernos; y, por fin, repugnan: es mercaderes que, en la Transval y en la China, lanzan sus ejércitos de esclavos para apoderarse de diamantes y de sedas tal como ayer hicieron hordas de Fernando con los tesoros del Azteca y del Inca.

Pero también frente á este engranaje de mentiras, de abusos y de infamias, que forman una sola explotación, se alza vigoroso, fuerte, bello, radiante de juventud y vida un ejército de bravos, sin jefes, ni gerarquías, sin otra disciplina que la de la solidaridad y la del mútuo acuerdo, ejército, que va en triunfo, en marcha espléndida hacia el amor y el bien, la verdad y el arte ó sea la belleza.

Y el ejército es numeroso. Es la ventaja que lleva nuestra época sobre las anteriores. Por eso, los que hoy formamos en este ejército de hombres libres, levantamos nuestras voces sin temor á parrillas inquisidoras, á cicutas socráticas ni á baños cesáreos, aun que, de cuando en cuando, tengamos que abrir un paréntesis para encerrar en él la sombra de algún castillo que vosotros, mis lectores, nombraréis, si se os viene en deseo, la mancha roja de algún patíbulo, la zona sombríamente trágica de varias horcas, el fognazo de los «máuseres» argentinos asesinando indios rendidos, ó obreros indefensos, ó la metralleta italiana y española despedazando, ayer en Milán y hoy en Barcelona, carne de héroes y mártires futuros.

Como nació el militarismo

Hacia el año 38) anterior á la era vulgar, muchos hombres, seducidos por las bellas palabras de un Breno, jefe elegido por cierto número de tribus para el mando de expediciones lejanas, abandonaron sus hogares para dirigirse á las tierras meridionales, situadas al otro lado de los montes, con la esperanza de atrapar un rico botín.

Al cabo de dos años un corto número de aquellos hombres reapareció en el valle, trayendo consigo oro y telas preciosas, y refirieron cosas prodigiosas de los países que habían recorrido y en los que no habían cesado de combatir.

Habían visto ciudades circunvaladas de fuertes murallas de piedra, con edificios suntuosos, ricas casas, rodeadas de fértiles campiñas en que se cultivaba la vid y toda clase de sabrosos frutos.

Los que volvieron de esas lejanas expediciones habían perdido el hábito del trabajo, y aunque en el camino habían dejado más de la mitad de sus compañeros, soñaban siempre combates, botín y aventuras. Eran ociosos, insolentes, camorristas y pretendían dominar las familias pacíficas que vivían de su trabajo.

Estas, que al principio acogieron con alegría aquellos guerreros con cuya vuelta ya no contaban, que habían escuchado con admiración las narraciones que hacían por las noches alrededor del fuego del hogar, comenzaron á hallar intolerables sus maneras imperiosas, su ociosidad y su jactancia.

Cada día se suscitaban nuevas contiendas y disputas que solían terminar con derramamiento de sangre. Las mujeres de esos guerreros eran todavía más insolentes que sus maridos y pretendían rodearse de esclavas, como las mujeres de los países que los guerreros habían recorrido gloriosamente.

Por entonces convocó una asamblea de las tribus del valle en el campo acostumbrado para deliberar sobre los intereses comunes y procurar el término de las contiendas. Los hombres acudían siempre á esas asambleas con sus armas; las mujeres llevaban víveres y bebidas, porque las tales reuniones solían terminar por banquetes prolongados durante la noche.

La mañana del día fijado resonó el valle con el sonido de las trompetas y se vió á los habitantes dirigirse por todas partes hacia la colina. Sobre la confluencia del arroyo con el río se habían construído hacía tiempo un puente de madera. Cuando se presentaron allí para pasar los jefes de las tribus, acompañados de la multitud, hallaron el puente ocupado por los guerreros, á los cuales se habían unido gran número de jóvenes del valle y hasta otros guerreros extranjeros á las tribus.

—La reunión del pueblo ha de celebrarse en el campo y no aquí,—dijo uno de los jefes de tribu;—pasemos adelante.

—No pasaréis,—respondió un guerrero,—sin oír nuestras condiciones.

—Nosotros no sufrimos ni imponemos condiciones,—replicó el primero;—somos hombres libres y la tierra es nuestra, en el valle y en la montaña; adelante.

—Entonces será por la fuerza,—dijo el guerrero echando mano á la espada.

Un gran clamor respondió á esa provocación, y en la multitud las armas brillaron al sol

como relámpagos. Los jefes, sin embargo, impusieron silencio y, haciendo retroceder á la multitud, avanzaron hacia el puente, y uno de ellos dijo:

—¿Qué queréis? ¿no sois de nuestra tribu; no tenéis mujeres, hijos y rebaños nacidos en el valle? ¿Qué condiciones pretendéis imponer á nosotros que somos vuestros iguales? Hablad. ¿Qué podéis pedir más que lo que poseéis? ¿Qué mal se os ha hecho? ¿Por qué traéis con vosotros hombres que no son de aquí, que no conocemos, que no pueden pretender nada entre nosotros?

—Responde, Sigildo,—dijeron los guerreros. Sigildo se adelantó. Era un gallardo joven del valle, alto, esbelto, de rostro dulce y barba naciente: su pecho estaba cubierto de una coraza de cobre que brillaba al sol, sus brazos blancos estaban desnudos y adornados con brazaletes de oro. Desdeñaba el casco, y sus cabellos rubios, reunidos en la cima de su cráneo por un alfiler de oro, caían sobre su espalda. Unas polainas de colores vivos cubrían sus piernas; una banda rodeaba su talle y se recogía graciosamente sobre el hombro y el brazo izquierdo. Un escudo estrecho y una espada pendían á sus costados. Sonrió, hizo con la mano un signo para imponer silencio y dijo:

—Amigos míos, hermanos, todos somos libres, todos de la misma sangre; debemos permanecer unidos para vencer á los hombres que quisieran apoderarse de nuestros bienes ó humillarnos. Tened presente, sin embargo, que poseéis entre vosotros la flor de los guerreros que han vencido naciones poderosas y han llevado la gloria del nombre galo al otro lado de los montes. Muchos han muerto combatiendo, pero los que han vuelto después de tantas pruebas, trayendo rico botín y que han adquirido el conocimiento de las armas ¿no tienen derecho á algunas consideraciones? Habitados al oficio de la guerra, dispuestos siempre á derramar su sangre, ¿no son más apropósito para defender vuestros hogares que pueden serlo los hombres que no han hecho otra cosa que guardar ganados y cultivar la tierra? No piden que les mantengáis para no hacer nada, ni que les consideréis como amos ó jefes; no tienen más idea que vuestra defensa; saben que estáis rodeados de hombres ambiciosos, que en vista de la prosperidad de nuestro valle, meditan malas empresas, y saben esto porque han visto muchos pueblos que no conocéis, aunque no están lejos de aquí. Dormidos por una larga seguridad, no estáis en estado de resistir un ataque serio, y estos guerreros, vuestros parientes, vuestros hermanos, vuestros amigos, de la misma sangre que vosotros, han considerado con tristeza el estado de quietud en que vivís, y han decidido quedarse en el campo fortificarle eficazmente, hacer de él un verdadero refugio en caso de invasión y defenderse allí hasta morir. ¿Es este un mal pensamiento? En cuanto á esos guerreros que consideráis como extranjeros, son hermanos de armas que han combatido con nosotros allá lejos, y no encontrando ya sus casas al volver á sus valles devastados por bandidos, nos piden asilo. Además, si no pertenecen á vuestra tribu, ¿no son galos como nosotros?

Hemos querido deciros esto aquí, y no en el lugar de la asamblea, temiendo que nuestros pensamientos fuesen mal comprendidos en me-

dio de una gran concurrencia. Si nuestras proposiciones os parecen justas, hechas en vista de la seguridad común, y persistís en celebrar la asamblea allá abajo, nosotros os precederemos al campo y allá quedaremos cuando volváis á vuestras habitaciones.

Por nuestra parte, dedicados á nuestras nuevas funciones y en las cuales somos hábiles, como lo hemos probado, haremos de este campo un lugar temible para todo enemigo que ose atacarnos.

Un largo murmullo siguió á este discurso, y los jefes de las tribus se miraron entre sí.

El de más edad se adelantó á su vez y respondió:

—Sigildo, tus palabras son doradas, pero el acto que tú y tus compañeros ejecutáis en este momento es ofensivo y atenta la libertad de los habitantes del valle. Nos muestras peligros imaginarios para permanecer ahí bajo pretexto de defender nuestras familias, pero en realidad para separaros de nosotros y obras á vuestro capricho. Nos preguntáis, ¿quién os mantendrá, quien cuidará vuestros ganados mientras estáis ahí armados, esperando un enemigo que quizá no se presentará nunca? Dueños del puente y de las dos corrientes de agua, podéis, si se os antoja, prohibir á los hombres la caza en el

bosque que se extiende detrás del campo y la pesca en la parte superior de la corriente de las aguas, que suministran los mejores peces, y quedaremos á vuestra discreción. Si la asamblea juzga que es oportuno fortificar mejor el campo, cada hombre del valle trabajará á su vez, tú como los demás. Si se trata de defender este recinto, ello corresponde á todos los hombres que puedan manejar las armas, porque todos están igualmente interesados en proteger sus familias, en rechazar un enemigo y en no sufrir un insulto. Venid, pues, con nosotros al campo, deliberaremos lo tocante á los intereses de las tribus y como nosotros os someteréis á lo que por todos se decida. En cuanto á los extraños que con vosotros están, si reclaman asilo, ya sabéis que no se les negará; pero será necesario que cumplan las condiciones impuestas á los extranjeros que quieren vivir con nosotros.

Rechazando con la mano á Sigildo, que se disponía á contestar, otro guerrero se adelantó á la cabeza del puente y dijo á los jefes de las tribus:

—Nadie pasará de aquí: todos esos discursos son inútiles; retiraos; nosotros nos reservamos el puente...

VIOLET LE DUC.

ALMA GAUCHA

POR

ALBERTO GHIRALDO

Apareció la 2ª edición

Precio: cincuenta centavos m/n.

Pídase en todos los kioscos

Venta por mayor, en lo de su editor: Pascual Mediano Kiosco Constitución, calle Brasil entre Lima y Buen Orden, frente á la Estación del Sud, Buenos Aires. Pedidos del interior se aceptan acompañados de su importe.

Obras del mismo autor: GESTA (3a. edición) y CARNE DOLIENTE. Precio: UN PESO MONEDA NACIONAL

TERRENOS GRATIS

La Cotizadora de Figuritas

Nicolás Selva

473 - CORRIENTES - 473 - Buenos Aires

**UNICA CASA AUTORIZADA PARA EL CANJE DE LAS
FIGURITAS MONTERREY**

Por cada 50 figuritas Monterrey de borde celeste, actualmente en circulación, entrega una vara cuadrada de terreno dentro de la Capital Federal. Hay lotes de 250 á 600 varas. Es el premio más importante ofrecido hasta hoy, pues nadie ignora el valor de los terrenos ubicados en la Capital.

Por cada 50 figuritas se retira un vale provisorio y cuando se tenga la cantidad suficiente para obtener un lote, se escritura en el acto. Hay para regalar más de un millón de varas.

Próximo número de IDEAS Y FIGURAS: *LAS MUJERES*. — Dibujos de Gibson, texto de Ruy de Lugo-Viña.

Administración: P. Unidas 2791, Buenos Aires. — Número suelto: 20 cent.